

EDWIN LUGO

## LA DILETANTE

Marion Staunfer cumplió los veinticinco años soltera, y no seguramente porque le hubieran faltado pretendientes, pese haber pasado su juventud encerrada en un pequeño pueblo del Tirol ayudando a su padre en la granja donde convivía la familia con: patos, gallinas, cerdos, ovejas y hasta un par de vacas.

No obstante aquel ambiente rural y los pocos medios de que disponía había terminado su educación media asistiendo a la escuela distante ocho kilómetros de su hogar, al concluir sus estudios siguió leyendo cuanto libro tenía a la mano mientras escuchaba en el gramófono las risueñas melodías de las operetas grabadas en unas dos docenas de discos que cuidaba como a la niña de sus ojos; en esos momentos Marion soñaba con asistir algún día a los teatros donde seguramente vería representar y podría escuchar aquellos hermosos cuentos musicales que casi siempre concluían en un apasionado duo de amor.

Ida, una prima suya que vivía en Viena le escribía regularmente relatándole las bellezas de la ciudad, justamente llamada la capital mundial de la música, donde se ubicaban los más prestigiados teatros y salas de concierto y podían escucharse además conciertos sinfónicos, ballets y grandes conjuntos corales; invitándole a visitarla y si ella lo deseaba hasta a quedarse a vivir todo el tiempo que le apeteciera. La oferta resultaba tentadora, si cómo deseaba pudiera también conseguir algún trabajo que le procurara los ingresos para satisfacer su pasión por el sublime arte que tanto la atraía.

Un día por fin se decidió a probar suerte y no obstante las lágrimas y ruegos de su madre, y las advertencias de papá, que no encontró razones para oponerse a los deseos de su hija, reunió en un pequeño baúl sus ropas y enseres y con los ahorros de su progenitora y una pequeña suma que el granjero le entregó producto de la venta de dos carneros, suponiendo que le bastarían para una corta estancia; salió de casa una mañana, sorda a los desesperados ruegos de Stephan su fiel enamorado que la había cortejado desde hacia diez años, y continuaba proponiéndole matrimonio.

Pronto la comitiva de despedida se asomó a la vieja estación donde se veía llegar, pararse y partir a diario lanzando chispas, llamas, vapor y humo negro a la vieja locomotora arrastrando su prole de vagones grises que chirriaban sobre los rieles. El convoy que apenas se detenía unos instantes, en que subían o bajaban unos cuantos pasajeros, y ya estaba de nuevo en camino, se iba perdiendo de pronto en un túnel clavado en una hondonada para ir resurgiendo luego en lo alto de las montañas.

Marion se despidió afectuosamente de todos y se fue a instalar con su boleto de tercera clase en un vagón cuyos asientos de madera le resultaron particularmente incómodos, si bien el paisaje colmado de lagos, puentes, montañas y hasta villorios en los que sobresalían los campanarios puntiagudos y las cúpulas de las iglesias, compensaba con creces las molestias. Luego el monótono trepidar del tren y el balanceo de los vagones la fueron sumergiendo en un sueño del que despertó asustada buscando su modesto equipaje que para su tranquilidad encontró intacto, entonces los repetidos silbidos del tren anunciaron que estaban atravesando el entorno de Viena y la entrada a la populosa ciudad le hizo abrir los ojos asombrada, un largo pitido de la máquina previno a los viajeros que estaban próximo el final del viaje y cuando el tren entró francamente en el grasiento patio ferroviario sintió estremecerse de placer. Un minuto después el convoy se detuvo en el andén de la estación Bahnhof.

Por fin iba a conocer el mundo, y a disfrutar de la música que la había inducido tantas veces a soñar con los ojos abiertos.

Ver a su prima aguardándola le arrancó un gritito de gozo y apenas descendió del vagón corrió a abrazarla emocionada. Ida por su parte la acogió con cariño y la llevó a su vivienda ubicada en la calle Schellinger

La estancia aunque pequeña era agradable y Marion quedó encantada al constatar cómo había podido aprovechar tan bien el corto espacio.

Ida había preparado una opípara cena para darle una cálida bienvenida y las dos muchachas que no acababan de contarse sus aventuras dieron buena cuenta de una botella de vino y hasta de algunos vasos de cerveza. Entre la animada conversación la anfitriona que laboraba cómo obrera en una fábrica textil le informó haber hablado con el capataz procurando un acomodo para su prima y que aunque éste le había informado que de momento no había ninguna plaza disponible, le prometió que en la primera oportunidad sería contratada, mientras tanto, le aseguró que no le faltaría pan ni albergue, Marion, quién a partir de esa noche la dio por llamarla hermana, la estrechó conmovida pero le reiteró varias veces su deseo de buscar una colocación y evitar convertirse en una carga para su parienta, quién le aconsejó que ante todo debía descansar unos días y conocer la ciudad donde existían infinidad de avenidas, monumentos, museos, templos y mansiones que admirar, pero que si tanto era su interés por ponerse a laborar de inmediato podía consultar los anuncios de los diarios donde empresas y particulares solicitaban empleados. Luego, después de otros tantos reiterados besos y protestas sobrevino el sueño y el consabido anuncio de Ida quién debía trabajar al siguiente día a primera hora, no sin antes ofrecer a su visitante un lecho íntimo y confortable; e invitándola a usar su casa como propia.

Marion quién no había dejado de agradecer la hospitalidad, se quedó al fin dormida, pero a la mañana siguiente, una vez que se hubo duchado, encontró sobre la mesa una humeante cafetera, una generosa porción de tostadas junto a un pote de mermelada, y un mapa de Viena; la joven despachó el desayuno y fue en busca de los diarios, reconociendo de inmediato que no podía tener grandes pretensiones y que lo más práctico sería de aceptar sin remilgos ser dependienta, costurera, obrera, dama de compañía, cuidadora de niños o incluso empleada de casa, todo ello con tal de ganar honradamente el sustento sin tener que avergonzarse de nada.

Resuelta a obtener la anhelada colocación, preguntando tímidamente por las calles y con el diario en la mano empleó muchas mañanas recorriendo domicilios en busca de trabajo, y sólo cuando pasaron tres semanas y las negativas se habían multiplicado la muchacha fue descubriendo la dureza de las grandes urbes cuando no se conoce a nadie, ni se cuenta con ninguna recomendación, y si bien su inequívoco aire de provinciana inspiraba cierta confianza, su inexperiencia y el hecho mismo de no disponer de una preparación sólida para el desempeño de un puesto determinado le cerraba todas las puertas, y al retornar a su nuevo domicilio por las noches en busca de su segunda comida del día y el indispensable descanso, se le veía pálida, ojerosa y con las lágrimas a punto de reventarle en los ojos; entonces dejaba con tristeza el diario y abrazaba a su prima quién siempre sonriente trataba de darle ánimos y que procurando alegrarla tornaba a casa trayendo un pastel, una bolsa de caramelos una caja de chocolates o hasta una botella para compartir, a los ruegos de su anfitriona Marion aceptaba probar de todo, en tanto que ella a su vez extraía algún dinero de sus exiguos recursos para aportar algún plato al menú, agradeciendo en todo momento la generosidad con que era tratada.

Un día Marion a punto de caer en la desesperación creyó haber dado con una oportunidad, decidiendo ocuparse como empleada de casa; su posible empleadora le manifestó que estaba dispuesta a arriesgarse acogiéndola aunque carecía de recomendaciones, luego le mostró bajo una escalera un cuchitril pobremente amueblado

con un catrecillo tan angosto que a la primera vuelta se iba directamente al suelo, una cajonera apolillada y en otro rincón húmedo un lavabo amarillento y un retrete; la muchacha se hubiera adaptado a semejante pocilga, pero el sueldo que le ofrecía era tan miserable que percibió que se trataba de un verdadero abuso, sumado al hecho de un encierro del que sólo podría librarse las tardes de dos domingos cada mes, Marion presintió que además pasaría hambre en aquella casa y dio las gracias por la oferta, prometiendo volver al día siguiente si se decidía, pero en el fondo resuelta a no poner un pie.

Viena no correspondía a lo que ella había imaginado. La gente era hostil y egoísta y lo mejor sería olvidarse de la aventura y retornar a su hogar donde nunca faltaba el pan, y en invierno habían siempre disponibles leños secos en la chimenea cuyas chispas crepitaban haciendo un buen fuego, y donde además ella era siempre la hija consentida, libre y digna, sin tener que exponerse a sufrir humillaciones ni groserías.

Todavía llevaba en su bolso de mano lo suficiente para pagarse el pasaje de regreso y hasta para hacerle un obsequio a su prima que testimoniara su gratitud y un recuerdo a su madre; y aún Stephan el pretendiente rechazado le empezó a parecer más atractivo, aunque no fuera aficionado de las operetas, los libros o las obras de arte. Con esa idea se aprontó a hacer una última visita a las calles de la monumental ciudad pensando que acaso no volvería a pisarlas, y deteniéndose en los escaparates en busca de los regalos fue a dar en la calle Gumperdofer.

La caminata motivó un reclamo de su estómago, y en una esquina al doblar una calle, pensó que sentarse unos minutos ante la mesa de un café que lucía lleno de clientes, le habría de proporcionar un poco de descanso y hasta podría regalarse con un café y una rebanada de strudel; al que era tan aficionada; sólo que el lugar que ostentaba el letrero de Café Sperl tenía todas las mesas ocupadas por un verdadero enjambre de parroquianos que solicitaban nerviosos el servicio, mientras dos agobiadas meseras se hacían pedazos intentando atender tantos pedidos. Marion optó por ir a la barra donde el cajero trataba en vano que las dos sudorosas mujeres despacharan las órdenes de café, té, pasteles, bocadillos y hasta alguna copa que los clientes, al parecer estudiantes o empleados, reclamaban golpeando con las palmas de las manos o chocando las cucharas contra los vasos.

De pronto las protestas subieron de tono, y en una mesa en la que se habían instalado cinco comensales, se les oyó decir que llevaban media hora esperando ser atendidos, entonces en uno de esos impulsos y casi sin pensarlo Marion le preguntó al cajero: -¿Quiere que lo ayude?- y sin esperar la respuesta del hombre desconcertado, se levantó presurosa del taburete donde se había instalado y se puso a llevar charolas con los pedidos, mientras anotaba en un cuaderno de notas el número de la mesa y los consumos que iba depositando junto al cajero, una hora después el cocinero sin indagar quién era ni por que estaba llevando platos y entregando órdenes, le alargó un delantal blanco que la joven se enredó por la cintura.

A las cuatro de la tarde el local se fue paulatinamente desocupando, y Marion se dedicó a cobrar escrupulosamente el importe de lo servido que llevaba hasta el cajero para que verificara las cuentas.

Al final de la tarde sólo quedaron unos cuantos clientes entretenidos en leer los periódicos, una pareja de señores con los cabellos blancos que no habían parado de discutir y dos enamorados que en lugar de hablarse se miraban largamente tomados de las manos por encima de la mesa.

Marión se puso a retirar: charolas, vasos, tazas, platos, cubiertos y ceniceros que fue apilando en un fregadero de entrada incapaz de contener toda aquella vajilla sucia, y

menos aún de ser limpiada, escurrida y secada por una sola mujer quién casi aterrorizada veía cómo se apilaban unas sobre de otras las charolas, entonces se arremangó los puños y se puso a fregar y a secar platos con tal rapidez que el cocinero que la observaba con el rabillo del ojo estaba verdaderamente asombrado.

A las siete de la noche Marion se acordó que ella a su vez también había entrado al café en busca de un refrigerio y se dispuso a solicitar una taza de café y una tajada de strudel, pero el cajero a quién llamaban el señor Klein ordenó que le sirvieran además un bife con patatas y una gruesa rebanada de pan; cuando concluyó su cena y pidió su cuenta el hombre le dijo que no debía nada puesto que la comida estaba incluida para el personal..

-Gracias.-dijo Marion.

El hombre la observó. antes de preguntarle:

-¿Te gustaría quedarte a trabajar con nosotros?

-Me encantaría- respondió Marion decidida.

-Pues ya está –concedió el hombre- aquí tendrás: sueldo, comida y propinas- y como Marion había entregado juntos el importe de las consumiciones y las propinas, el hombre le alargó algunos billetes y monedas, añadiendo- Tu turno comenzará a las 8 de la mañana y terminará a las cinco de la tarde. Mañana tendrás un uniforme azul y un delantal blanco.

Y a partir de aquella tarde, Marion Stauffer ingresó como mesera del café Sperl, sin saber que era el local más frecuentado por los artistas del Theater An Der Wien ubicado a sólo unos cuantos pasos del local.

:

-2-

Marion nunca alcanzó a imaginarse el maravilloso lugar que el destino y la casualidad le habían deparado. Allí desfilaba toda Viena: Y por supuesto la Viena que ella había anhelado ver, pues allí se daban cita: funcionarios, consejeros, militares de alto rango, banqueros, escritores, pintores y hasta ministros, pero sobre todo artistas del teatro: músicos, actores, escenógrafos, y cantantes famosos y la “nueva” como la llamaron al principio sus compañeras: Christine, Vicky y Helene, atraía a los clientes con su amable sonrisa, su trato deferente y respetuoso y su eficacia y rapidez en el servicio. Gustaba mirar a los clientes a los ojos y nunca se presentaba ante una mesa sin el riguroso saludo que repartía con igual gentileza a los caballeros elegantes o a las personas con sencilla vestimenta y por supuesto a las damas para las que siempre anteponía ceremoniosa el señora o señorita, y solamente cuando conocía la profesión de los parroquianos se dirigía a ellos con el título de señor doctor, consejero, ministro, juez, coronel, abogado y si se trataba de algún prelado con el de monseñor.

En los ratos desocupados, Marion tomaba un lienzo húmedo y se ponía a frotar el mármol de las mesas y cuando no había clientes, antes de que se lo ordenara el señor Klein no desdeñaba empuñar el plumero, la escoba y hasta el mechudo incluyendo un cubo de agua jabonosa con el que limpiaba concienzudamente el piso del establecimiento.

El señor Gustav quién era el dueño y solía ir de vez en cuando pues la gota en su pierna le impedía caminar con agilidad, le empezó a tomar aprecio, en tanto que su administrador Klein se ufanaba de tener muy buen ojo para contratar al personal.

Pese a ser la mesera más agraciada la amable sencillez de su trato le fue granjeando no sólo la amistad sino la confianza de sus compañeras, otro tanto ocurría con el personal de cocina y la señora Eva, cuyo oficio consistía en el lavado de la loza y

era además madre de dos niños le empezó a tomar una sólida estima, cuando por iniciativa de Marion se instituyó la costumbre de ceder una parte de las propinas al personal de la cocina, incluyendo lavaplatos, repostero y cocineros; a partir de entonces de vez en cuando Marion obtenía alguna rebanada de strudel que solía llevarle a su prima o ceder a la señora Eva para que la disfrutaran sus pequeños.

Marion comenzaba a ser admirada: alta, esbelta con un cuerpo bien proporcionado cuyas formas se dibujaban bajo el uniforme azul, los cabellos rubios recogidos cuidadosamente por un listón, las zapatillas bien lustradas y los brazos desnudos más arriba del codo y rematados por unas manos siempre pulcras, finas, con las uñas bien recortadas, nadie hubiera imaginado que aquellos dedos habían ordeñado vacas, esquilado borregos y no se precavían de ayudar a lavar la vajilla cuando esta se amontonaba peligrosamente en el fregadero de la señora Eva. La joven era la estampa de la pulcritud, del aseo y de la puntualidad. Solía llegar antes de la hora y al terminar su turno no se retiraba hasta que aparecía su relevo, el señor Fred, un viejo mesero que portaba una filipina blanca y su servilleta almidonada sobre el antebrazo.

Entonces Marion se quitaba el delantal para que fuera lavado y planchado con la mantelería y se disponía para regresar, a veces a pie y otras en el tranvía que la acercaba al distrito de Mariahilf.

Sus días de asueto los empleaba en pasear con su prima por los prados del Prater, Schonbrunn, la Catedral, las riberas del Danubio, visitar algún museo o asistir a algún concierto en algún parque al aire libre, donde bajo el cielo azul cómo un enorme zafiro se deleitaba escuchando los lánguidos vales de Strauss, las polkas bulliciosas o el Poeta Campesino del señor Von Suppé, que ejecutaba alguna banda militar.

La música la envolvía con su halo de encantamiento, dejándole una vibración maravillosa que se quedaba alojada en sus oídos y en su espíritu, y ella repetía las melodías por días enteros, imaginando a las parejas que danzaban vertiginosamente entre los giros del vals.

Su prima insistía en que salieran alguna noche a bailar, ya que no le faltaban amigos y conocidos dispuestos a divertirlas, en lo que a veces Marion consentía por no desairarla, pero otras prefería quedarse en casa escuchando la radio o leyendo algún libro.

En el café tampoco le faltaban las invitaciones, algún osado se atrevía a preguntarle si tenía novio o intentaba que lo pusiera al tanto de su hora de salida, entonces con amabilidad exquisita declinaba el ofrecimiento argumentando que terminaba demasiado cansada y los días de asueto los dedicaba a sus asuntos personales; y cuando los caballeros se ponían demasiado tercos, ella los disuadía alegando que debía comportarse seria en su trabajo y que el establecimiento no era el lugar adecuado para flirteos.

Otro tanto ocurría con sus compañeras que solían invitarla a festejos; Marion rechazaba casi siempre las invitaciones y si lograban convencerla se retiraba apenas daban las diez de la noche pretextando que aún no conocía bien la ciudad y que prefería andar segura ¡Pero te vas a volver vieja así! Protestaba Christiane, -¡Oh! nunca faltará alguien que me quiera- respondía ella alzando los hombros; y cuando Helene la interrogaba -¿Tienes novio? ¿No te interesa casarte?- Marion evadía las respuestas concluyendo con un -Ya aparecerá alguien que me convenga. Y con la franca sonrisa que casi nunca se le borraba de los labios daba el asunto por terminado.

Y el señor Klein a quién contaban todo y no escapaba nada, refrendaba que la “nueva” era una muchacha seria, de esas que ya no hay, y que el día que se decidiera por alguien habría de ser una magnífica compañera, casada o no, pues era una verdadera joya.

Pero la vida suele tendernos trampas.

Una mañana se presentó un caballero que portaba una carpeta repleta de hojas de papel pautado. Era un hombre que frisaría en unos treinta años más o menos, muy bien vestido, con el bigote cuidadosamente recortado y un aire parsimonioso, aunque si bien su rostro denotaba preocupación, no aparecía enfurruñado, sino más bien propicio a la sonrisa.

El recién llegado saludó al señor Klein y se fue a instalar en una mesa donde ni tardo ni perezoso encendió un cigarro al que dio una chupada, abrió el cartapacio y se puso a examinar sus partituras armado de una pluma con que la iba escribiendo anotaciones.

-Buenos días señor- Saludó Marion impactada por aquella presencia única, el cliente levantó los ojos y le sonrió con ellos.

-¿Qué va a tomar el señor? –Le preguntó Marion.

-Lo de siempre –le respondió el hombre, y luego, al percatarse de que nunca había visto a la mesera agregó –café.

-¿No desea el señor algún pastelillo? –Preguntó Marion con encantadora sonrisa.

El recién llegado volvió a levantar los ojos para escudriñar brevemente en el rostro de la joven

-Bueno, ya que usted lo sugiere. Un pastel de chocolate.

Marion hizo una graciosa reverencia y fue por el pedido, que colocó en una charola; entretanto el músico volvió a sus partituras.

Ella colocó la charola suavemente sobre la mesa, tal si temiera interrumpirlo, mientras el hacía alguna anotación.

-Qué disfrute su café y su pastel el señor...

-Kálmán... me llamo Emmerich Kálmán.

Marion hizo una reverencia profunda.

-Marion Staunfer para servir al señor.

-¿Es usted nueva?

-Sí señor Emmerich.

-No había tenido el placer de conocerla.

-Recién he llegado de un pueblecito cercano al Tirol -aclaró ella.

-¿Y le ha gustado Viena para quedarse?

-¡Oh sí señor! Viena es maravillosa y siempre tenía deseos de estar aquí para oír la música, y poder disfrutar las operetas de las que siempre me hablaba mi prima... pero ¡Dios mío! Si usted es... es el autor de la maravillosa música que yo escuchaba en los discos que había en casa, allá en mi pueblo... ¡Cómo había deseado conocerlo señor y además ver representadas sus famosas operetas!

Kálmán sonrió.

-Pues está usted a la vuelta del Theater An Der Wien.

-Apenas conozco Viena señor, y con esfuerzo me oriento por las calles. En la provincia todo se encuentra más fácil.

-¿Así que quiere oír operetas?

-Sí señor –respondió Marion con los ojos encendidos de placer. En casa yo escuchaba discos –repitió– en un gramófono que tenemos

-Pues yo hago precisamente eso que usted llama música maravillosa. ¡Escribo operetas!

-¡Qué honor tan grande conocerlo! –y puso en su semblante tal entusiasmo tal si estuviera disfrutando un sueño.

Kálmán sacó de su cartera y garrapateó en ella unas letras.

-Venga mañana al teatro –dijo, mientras escudriñaba brevemente el rostro de Marion y le alargó la tarjeta- con esto le permitirán la entrada a usted y a su prima y escuchará “Die Csárdas Furstin” (La Reina de las Csárdas)

-¿La Reina? –repitió asombrada Marion- ¿Y usted me dispensa tan gran honor? ... ¡Oh señor Emmerich! ¿Cómo podría agradecersele?

-No tiene que darme las gracias. Simplemente venga y espero que habrán de disfrutar la función.

-¡Claro que iremos!

Y era tan sincera su alegría que se le desbordó por los poros de la piel, luego, tal si presintiera que le estaba quitando un tiempo precioso a su amable cliente se fue retirando haciendo mil caravanas, mientras le repetía:

-Gracias señor, gracias ¡Claro que iré! ¡Allí estaré sin falta!

Kálmán volvió a sus hojas pautadas, mientras Marion vencida por la emoción y con las mejillas encendidas deambulaba nerviosamente por las mesas.

-3-

Aquella memorable noche acompañada de su prima Marion entró por primera vez al Theater An Der Wien. Portaba una blusa bombacha y una falda pegada que le llegaba hasta el tobillo alargando su figura y concediéndole un toque arrebatador y femenino, los guantes de rigor y un chal de seda que le caía sobre los hombros la hacían aparecer tan elegante, que nadie hubiera sospechado que se trataba de la simpática mesera del café Sperl; y apenas hubo entregado al ujier la tarjeta del compositor, este instruyó a una acomodadora para que previa entrega del programa de mano las instalara naturalmente en la primera fila de butacas del lunetario puesto que se trataba de invitadas.

Marion se sentía en otro mundo. La deslumbraba el recinto tapizado y alfombrado de rojo oscuro al igual que las butacas, la pasamanería, los cortinajes y por supuesto el pesado telón de terciopelo, que al descorrerse, era cómo si se franqueara la puerta al insospechado país del ensueño. Una enorme araña cuajada de cristales que multiplicaban las luces pendía del techo decorado con figuras mitológicas, mientras en los palcos se multiplicaban los arbotantes convirtiendo a la sala en un crisol espléndido. ¡El teatro era el templo del arte, y la deidad era la belleza! Y las jóvenes no salían de asombro, si bien Ida, quién a final de cuentas era una ciudadina reconocía que aún para los vieneses la metrópoli ofrecía inesperadas sorpresas, y cuando terminaron de admirar el soberbio recinto, Marion se puso a leer el programa donde se anunciaba la participación de los numerosos artistas que conformaban el elenco de la compañía: cantantes, bailarines, coristas, partiquinos, miembros de la orquesta, directores de coros, escena y baile y por supuesto el concertador, y en un privilegiado espacio del programa la fotografía del compositor de la opereta con una breve reseña de su producción, incluyendo también algunos datos sobre los libretistas: Bela Jenbach y Leo Stein.

La lectura fue interrumpida cuando sonó el timbre anunciando la segunda llamada, y en el foso de la orquesta, apenas a un par de pasos, comenzaron a aparecer los músicos enfundados en su smoking negro afinando sus relucientes instrumentos.

Mientras tanto una selecta concurrencia iba ocupando los asientos: damas sonrientes ataviadas y enjoyadas que se habían despojado seguramente de sus costosos abrigos encargándolos en el guardarropa, acompañadas por ceremoniosos caballeros enfundados en impecable traje negro iban ocupando los palcos, y las jóvenes supusieron que se trataba seguramente de gente importante que podía pagarse lo que sin duda serían costosas localidades, pero al menos, esa noche, por la deferencia amable del notable

compositor, ellas podían experimentar la satisfacción de codearse con aquella sociedad, pero sus pensamientos fueron interrumpidos al anunciarse la tercera llamada, al mismo tiempo que las luces de la sala se fueron esfumando gradualmente, quedando sólo encendidos las pequeñas lamparillas sobre los atriles de la orquesta en tanto se iban prendiendo las innumerables luces del escenario, entonces emergió del foso el director de orquesta ataviado con riguroso frac que fue iluminado de inmediato por un seguidor, provocando con su aparición un aplauso, el hombre hizo una breve reverencia y tomando la batuta con la que dio unos ligeros golpecitos al atril inició el Vorspiel de la opereta, al principio sólo se escuchó un suave murmullo de los violines presagiando el nacimiento de una melodía dulce, exquisita, emanada de un delicado romanticismo en cuya evocación, se adivinaba el alma sensible de aquel hombre amable, discreto, armado de su legajo de partituras a quién ella, Marion, había tenido el privilegio de servir, luego, el tema se iba haciendo cada vez más vivo hasta hacerse violento, entonces participaba toda la orquesta con su sonido brillante haciendo oír los metales y las percusiones, convirtiendo aquella efusión en un gas mágico que subía hasta el techo del teatro y se desparramaba cual un halo perfumado; el allegreto dio lugar a que el telón se fuera levantando para dar paso a una estupenda escenografía que representaba un suntuoso cabaret de Budapest en el que actuaba noche a noche la cantante Silvia Varescu, interpretada en esa ocasión por la bella soprano Esther Vilar. La señorita Varescu era cortejada nada menos que por un príncipe, encarnado en un tenor cuyo porte correspondía ampliamente al papel encomendado, el artista vestía el varonil uniforme de husar que lucía con distinción y desparpajo. ¡Pero qué lejos estaba aquel príncipe de opereta de la tosca sencillez de su pretendiente Stephan! La pareja cantaba un hermoso duo, dando lugar que apareciera luego el tenor cómico quién hacía de las suyas cantando, bailando y riendo con las coristas que seguían el ritmo de una juguetona melodía con impecable precisión, Ida convino que cualquiera de ellas era una belleza. El divertido galán entretenía a su femenino auditorio y con sus chistes y ocurrencias actores y público sonreían, pero a poco volvía a aparecer el príncipe que empuñando en lugar del sable una copa de champagñe proclamaba a la nocturna concurrencia entre un sostenido alarde de vida, su amor por la Varescu y su decisión de prometerse aquella misma noche, entonces para formalizar el compromiso se buscaba al viejo notario Von Kiss quién levanta el acta correspondiente, consumándose así un matrimonio que culminaba entre coros, músicas, risas, brindis con champagñe y una efusión de abrazos y felicitaciones para la pareja que se abrazaba feliz

Marion siente entonces que los ojos se le humedecen. ¡Ah, si ella lograra casarse así, con un joven guapo, seductor, apasionado, que pusiera a sus pies un reino y que jurara adorarla para toda la vida! pero eso sólo ocurre en el teatro –le replica Ida- y nunca en la realidad, y al punto las primas convienen en que las bodas en un cabaret sólo pueden ocurrir en las operetas, aunque después en medio de aquella fiesta subrayada por la música aparece un oficial del ejército imperial reclamando al novio su presencia en las filas, el infortunado húsar debe obedecer, pues es oficial del ejército y después de despedirse tiernamente y prometiendo volver deja a Silvia triste y melancólica, luego el pesar de la desposada se habrá de ahondar cuando el aguafiestas tenor cómico llega con la noticia de que el príncipe está prometido a la condesa Stassi con quién sus padres pretenden unirlos. La alegría se derrumba y entre los lloriqueos de la Varescu que encara la presencia de una rival con el agravante de ser noble, desciende el telón anunciando el final del primer acto.

Marion respiró, había sido una carga emocional demasiado intensa y cuando se percató de que el público abandonaba sus asientos para fumar en el foyer un cigarrillo o refrescarse con alguna bebida, aceptó la propuesta de Ida de abandonar

momentáneamente sus asientos y ambas salieron dispuestas a respirar otro aire. En el loby la concurrencia hablaba en voz alta alternando con risas; y en medio de aquella multitud mundana las primas se sintieron un poco cohibidas, pero pronto sonó el timbre y todos debieron retornar a sus lugares.

Para el segundo acto Kálmán escribe un prelude cuyo tono palaciego previene al espectador para acceder a un baile palaciego donde la traviesa condesita Stassi intenta cautivar al distraído príncipe quién sólo piensa en la Varescu, para su sorpresa, la cupletista acompañada del tenor cómico -en la escena el conde Boni- llega a reclamar el cumplimiento del compromiso firmado en el music-hall. El encuentro de los enamorados no puede ser más conmovedor, Kálmán el mago del ritmo, sabía musicalizar los sentimientos y ambos entonan uno de los duos más bellos que autor alguno haya puesto en una opereta. Un atronador aplauso premia la destreza vocal de los cantantes, dando lugar a que la inquieta Stassi a su vez coquettee con Boni que se enamora de ella. El asunto se complica cuando el príncipe declara a sus padres y concurrentes que se ha casado con Silvia Varescu y es a ella solamente a quién ama, y en un concertante grandioso, Stassi a su vez lo libera del compromiso afirmando que sólo se casará con Boni; los empingorotados príncipes terminan por aceptar en su estirada familia una nuera cupletista de cabaret y las dos parejas felices concluyen con toda la compañía en una verdadera fiesta de música, color y gozo por el triunfo del amor..

Entonces el aplauso en lugar de aminorar fue subiendo de tono y aparecieron en riguroso orden los coristas, bailarines, actores, cantantes, directores y sólo hasta el final cuando estaba en su máximo apogeo, fue llamado a escena el propio Kálmán, el público se levantó de sus asientos y Marión que hubiera querido llorar de alegría, luchaba por contener las lágrimas mientras sus manos se unían al aplauso. Ida, mucho menos emotiva, miraba a su prima, sorprendida de verla presa de aquel entusiasmo desbordante que sólo declinó después de dos o tres cortinas.

Por fin el público fue saliendo de la sala y las chicas se fueron retirando con cierto pesar, pero una sorpresa más las aguardaba, en el foyer el compositor prodigaba sonrisas, saludos y autógrafos que estampaba en los programas, Ida y Marion se detuvieron tímidas y hasta temerosas de acercarse, pero Emmerich que no paraba de firmar programas tan pronto divisó a Marión le sonrió y abriéndose paso le hizo señas de que se acercara. Ellas confusas se adelantaron, entonces el aplaudido, el célebre alargó la mano para saludarlas. Marion se sintió inmensamente halagada y estrechó brevemente la mano tendida sin saber que decir.

-Señorita Staunfer ¡Qué placer que hayan aceptado acompañarnos!

-Maestro -balbuceó Marion- no sabría como agradecerse. Hemos estado... estoy tan emocionada... ella es Ida mi prima.

Ida hundió las rodillas para hacer una reverencia, entonces Emmerich presentó a su vez.

-Deseo que conozcan a mi esposa, Paula Dworzac.

-Señora.. -murmuró Marion haciendo una reverencia.

Ida se adelantó a darle la mano y Paula besó la mejilla de Marion.

Luego Emmerich acosado por el público se volvió para continuar recibiendo congratulaciones, y la gente que al principio se detuvo inquiriendo quienes serían aquellas jóvenes a quienes el autor trataba con tan singular deferencia, insistió en el acoso. Marion aguardó su turno y cuando ya se disolvía la multitud se dirigió a Kálmán para despedirse con los ojos húmedos

-Gracias maestro por hacerme... por hacernos tan felices...-y le adelantó el programa de mano en demanda de la firma.

El músico escudriñó brevemente el rostro de Marion, luego su rostro se suavizó y al firmar antepuso una dedicatoria: Para la diletante, Emmerich Kálmán.

-4-

A partir de aquella inolvidable noche Marion se convirtió en una asidua asistente al Theater an der Wien, si bien sus reducidos ingresos no le permitían adquirir localidades costosas, Ida siempre previsora adquirió unos binoculares que les permitían presenciar el espectáculo desde la galería, donde veían desenvolverse a la atildada concurrencia.

Kálmán continuaba asistiendo regularmente al café Sperl donde inclinaba sobre sus partituras la frente poseída de una belleza viril. Marion corría presurosa a saludarlo y atenderle prodigándole la más calurosa sonrisa, y al recoger el importe del consumo le rogaba que se abstuviera de añadir ninguna propina, bien pagada estaba ella, siempre en deuda, con la dádiva que significaba la incomparable belleza de su arte, Emmerich se sonreía indudablemente halagado porque apreciaba la sincera devoción de su admiradora y le respondía que si todo el público valorara su música cómo ella, bien compensado estaba su esfuerzo.

En 1926 se anunció el estreno de Zirkusprinzessin (La Princesa del Circo) y las primas se apresuraron anticipadamente a comprar sus localidades, esta vez era el propio compositor quién habría de empuñar la batuta para dirigir su opereta y ellas consiguieron asientos desde donde lo pudieran ver tan de cerca cómo fuera posible, y apenas se desprendió Marion de su obligación en el Sperl, enfundada en un gracioso conjunto de dos piezas se fue en busca de un enorme ramo de rosas rojas en el que invirtió sus propinas de tres días.

Esa noche Kálmán desde el podium con el estremecimiento de sus brazos que se agitaban acompasados matizaba la intensidad y velocidad de los sonidos, denotando un dominio absoluto del arte de dirigir y una autoridad suave, que sin ser despótica, vigilaba el supremo propósito de la música: combinar sabiamente el sonido y el silencio, la pausa suave y el arrebato.

El estreno de la opereta constituyó todo un éxito y cuando el autor se presentó en el escenario para recibir la larga ovación, Marion a su vez subió las gradas para entregarle el arreglo floral que Emmerich recibió agradecido poniendo un beso en la mano de la joven

Ida la dio por imaginar que su prima estaba enamorada del maestro, percibiendo que acaso su vida sentimental se cifraba en idealizarlo tal si se tratara de un volcán inextinto, disimulado por una agradable placidez. El amor se asienta en el alma pero también en el cuerpo -le dijo un día- pero ella le respondió que aunque era sólo una soñadora empedernida y amaba el prodigioso talento de aquel hombre, era solamente una pobre mesera incapaz de aspirar al amor de un personaje de su talla, pero que en cambio su música apasionada, romántica, incitante le producía tanto o más placer que el que pudiera proporcionarle la relación con cualquier muchacho insignificante, Ida le refutaba que ese muchacho “insignificante” cómo ella lo llamaba podría llegar a ser alguien importante en su vida, casarse, darle un hijo y hasta hacerle conocer la dicha, mientras que lo otro no era más que un sueño fantástico que cuando estuviera vieja sólo le acarrearía recuerdos y así intentaba inducirla a tratar muchachos, total, insistía –no pierdes nada con conocerlos. En veces Marion cedía y aceptaba por unos días seguir a su prima para pasear por el campo en el día de asueto, entonces su trato amable, alegre le atraía inmediatamente simpatías, pero cuando algún chico se adelantaba pretendiendo algo más, ella le respondía que sólo estaba dispuesta a conceder una amistad, pero

diciéndolo de tal manera que sin lastimar dejaba clara su postura irrenunciable; y al siguiente día volvía a su rutina espiando la hora que el maestro en veces solo o acompañado por artistas y músicos del teatro iba en pos de su imprescindible café y de un poco de reposo, contentándose con saludarlo, servirle y preguntarle por el estreno de su próxima opereta.

Una temporada Kálmán dejó de asistir al Spearl algunas semanas y Marion imaginó que el maestro estaría viajando en alguna de sus frecuentes giras, pero su ausencia por semanas la fue inquietando cada vez más y ella desparramaba los ojos hacia la entrada aguardando verlo entrar cada mañana.

Incapaz de comunicar a nadie su inquietud, sólo Ida que empezaba a conocerla muy bien, adivinaba que era lo que le estaba ocurriendo, y hasta trataba de animarla anunciándole que en el momento menos esperado lo vería llegar.

Y su predicción se cumplió. Un día apareció el maestro con el rostro más pálido y delgado que de costumbre y el pesar impreso en el semblante. Marion lo recibió con su habitual cortesía, más no pudo evitar manifestarle cuanto le había extrañado, si bien tratando de suponerse que seguramente se encontraría viajando lejos de Viena, entonces Emmerich le respondió escuetamente:

-Paula ha muerto.

Un cliente solicitó la cuenta a la mesera y ella tuvo que ir a atenderlo y cuando regresó hasta la mesa en donde se había instalado su amigo, su miradas se encontraron y ella incapaz de expresarse con palabras lo dijo con los ojos cuanto lo comprendía, luego dejó con la humeante taza de café y suavemente se atrevió a poner una mano sobre los hombros de Emmerich mientras murmuraba conmovida.

-Lo siento.

Y en el mismo tono susurrante Emmerich le respondió.

-Gracias Marion.

Ya eran amigos. Aquel sencillo gesto los había identificado más que mil frases. La chica respetó su luto y no se atrevió a formular más preguntas. Por aquellos días él solía tomar el café solitario, a veces leía algún libro o periódico que Marion le acercaba, entonces ella la dio por seleccionar las crónicas donde se hablaba de él o de sus operetas y hasta enmarcaba con lápiz rojo las notas que le iba pasando, Emmerich le daba las gracias y se ponía a leer curioso y hasta interesado. Un día cuando empezaba a recuperarse le dijo que agradecía mucho el interés que se tomaba por él y Marion le respondió que lo admiraba y que a su música debía los momentos más dichosos de su vida.

Una mañana llegó acompañado de una hermosa mujer que presentó cómo la próxima protagonista de su opereta “Die Herzogin Chicago” (“La Duquesa de Chicago”) corría el año de 1928 y la soprano se llamaba Rita George.

Marion refirió a su prima cuan hermosa y distinguida era la artista sin que asomara el más leve dejo de envidia, después de todo la dama era una estrella y ella sólo una modesta admiradora del maestro.

En el fondo le animaba que al estar el compositor ocupado en su nueva obra se hubiese aminorado el pesar de su viudez.

Rita la trató siempre con amabilidad y el día del estreno Marion subió nuevamente al escenario portando dos ramos de flores, uno para el maestro y el otro lo entregó a Rita quién la abrazó públicamente diciéndole por lo bajo: ¡Querida mía!

El público gustó de la nueva obra que se mantuvo varias semanas en cartelera. Kálmán asistía menos al café y comentaba a Marion que su trabajo supervisando: escenografías, vestuario, orquesta, ensayos, cantantes, libreto y montaje era realmente abrumador, no obstante, unas semanas una tarde se presentó acompañado de la que pronto habría de convertirse en su segunda esposa y quién seguramente debió inspirarle

muchas de sus más hermosas melodías, la bailarina de origen ruso-polaco Vera Natasha Makinsha; y a los pocos días después de haberla presentado con el señor Klein y algunos de los parroquianos contertulios refirió que el 17 de noviembre (de 1928) se habían casado, lo que motivo abrazos y felicitaciones. Al despedirse Emmerich aseguró a su esposa que la señorita Staufer era una melómana extraordinaria y le anticipó que seguramente estaría en el estreno de “A Montmartre- bolya Szeged” (“La Violeta de Montmartre”) cuya presentación se estaba ensayando para ser programada el año siguiente,

Marion por su parte felicitó a los recién casados, y cuando le refirió lo del encuentro a su prima ésta le preguntó: ¿Y tú cuando? Pero Marion levantó los hombros y con tono displicente respondió: ¡Más adelante, tal vez!

-5-

Y tal y cómo estaba previsto Marion e Ida asistieron puntualmente al estreno de “La Violeta de Montmartre” si bien en esa ocasión su prima se hizo acompañar de un muchacho con el que estaba saliendo y que trabajaba en la factoría como ayudante del contable, se llamaba Rudolf y casi consideraba a Ida cómo su prometida. Marion empezó a sospechar que seguramente muy pronto se iba a quedar sola, y su prima insistía en que si llegaba a consumarse el matrimonio la pareja estaría encantada en acogerla, oferta que aunque generosa resultaba inaceptable, Ida hablaba de instalarse en el que iba a ser muy pronto su nuevo hogar e insistía en que si Marion seguía con la idea en rechazar vivir con los recién casados, al menos no declinaría continuar viviendo en el departamento que ahora ocupaban, entonces Marion sonreía agradecida. No pedía demasiado. Sólo trabajar, hacer algunos ahorros, enviar de vez en cuando dinero a su madre y escuchar todas las veces que podía las operetas de su amigo el maestro Kálmán. Así era feliz, golpeando el compás con las yemas de los dedos sobre el terciopelo carmesí del brazo del sillón del teatro.

Y sus deseos le eran concedidos, porque después del estreno de La Violeta, continuaron reposiciones de Herbstmanhover (“Maniobras de Otoño”) que había sido estrenada en el Teatro Vigshingaz de Budapest, el 24 de enero de 1913, cuando el autor era todavía muy joven, mas con gran éxito pues era de hecho la primera opereta húngara que se escuchaba y poco después “Signunerprimas” (“El Gitano Virtuoso”), obra que verdaderamente cautivó a la diletante quién llenaba su cabeza de aquella música espléndida, que a la vez conseguía alegrarle su alma, y al siguiente día, al llegar a trabajar al café, cuando en medio del trajín matinal le quedaban algunos minutos mientras ayudaba a la señora Eva a lavar los platos canturreaba aquellas suaves melodías y volvía casi a vivir los momentos más esplendorosos, recordando aquel pasaje que hablaba de “Mi viejo Stradivarius” en un vals lento y melancólico, aunque lo que más le motivaba era aquella arieta cuya letra más o menos decía: ¡”Oh ven conmigo y te haré entrar al cielo!”.

No obstante la dura carga de trabajo que caía sobre Kálmán y que la puesta en escena de sus reposiciones lo abrumaba, permitiéndole sólo de tarde aparecerse por el Sperl huyendo por unos minutos de la presión de los ensayos, en un vez sorprendió a su admiradora que mientras limpiaba las cubiertas de mármol canturreaba una tonada, poseída del embrujo de aquellas deliciosas melodías, entonces el se había aproximado por detrás de la chica y le había sugerido muy sonriente:

-Ese no es el tiempo, vas demasiado rápido, piensa que es un vals –y señalando con la mano el compás agregó:-oye: uno, dos, tres...

Marión enrojeció hasta la punta de los cabellos, pero la benévola sonrisa de su amigo le devolvió el color.

-¡Oh maestro, que pena que me haya sorprendido así!

-Podrías haber sido artista –sentenció Kálmán en tono moderado.

-¿Cómo puede suponer eso? ¡Sus artistas son mujeres tan hermosas!

Emmerich seguía sonriendo:

-Digamos que saben arreglarse y sacar el mejor partido posible, lo demás lo hace el trabajo, la constancia, el esforzarse cada día, mírame a mí –le confesó- desde muy pequeño comencé a estudiar el piano y seguramente debí aprender primero las notas que las letras, luego, cuando mi padre tuvo dificultades financieras y tuvimos que abandonar Siofók para siempre, donde había nacido y recibí mi educación elemental en el Lutheran High grammar School; emigramos a Budapest, allí me enrolé simultáneamente en la Universidad para seguir la carrera de abogado en que mi padre insistía y la Academia de Música para continuar con mi verdadera vocación; contaba apenas quince años y tuve la suerte de ser admitido en la clase del maestro János Koessler quién tenía discípulos tan brillantes como: Bartók, Kodály, Dohnányi, Weiner, Albert Szirmai y Víctor Jacobi, pero cómo además siempre andaba la familia en ayunos de dinero, tuve desde entonces que ponerme a trabajar impartiendo clases particulares y escribiendo para el periódico Pesti-Napló, en aquellos tiempos yo ambicionaba convertirme en pianista, pero la vida no siempre concede siempre lo que anhelamos, un día me atacó una neuritis en la mano derecha y tuve que renunciar a mis aspiraciones... aunque no completamente, pues nunca habría podido dejar la música, así que ya ves, tuve que cambiar de planes y convertirme en compositor.

-¡Oh! si yo tuviera un piano en casa, aprendería a conocer las notas y tocaría para mí todas las noches sus bellísimas melodías!... un día convertiré mis ahorros en un piano y entonces...

-Yo mismo te enseñaré música.

-¿Usted maestro? –preguntó Marion entre incrédula y sorprendida, y sin saber más que decir corrió a buscar la taza de café hirviente, mientras Emmerich sonriendo cómo un niño que acaba de cometer una travesura, revisaba por enésima vez la partitura de “Zsussi Kisasszony” (“Señorita Susana”) que se había estrenado el 27 de febrero de 1915 en el Teatro Vígsház de Budapest.

-6-

Por aquellos meses se casó Ida y cómo se había previsto Marion se quedó ocupando la vivienda de su prima. Ahora tenía treinta y cinco años que los disimulaba bien, vivía sola y aunque continuaba siendo guapa y no le faltaban admiradores y pretendientes, ella tenía bastante con su empleo en el café, donde su discreción y eficacia eran cada vez mejor recompensadas con buenas propinas y la estima creciente del señor Klein, que constataba a diario cómo la buena atención de su empleada atraía nuevos clientes, y no obstante la tendencia a hacer economías del restaurantero quién no era precisamente muy generoso, decidió hacerle un aumento de salario, que por supuesto se mantuvo en secreto; lo cual permitió a Marion realizar con alguna frecuencia viajes a su pueblo.

Durante esas cortas estancias solía aparecerse Stephan quién continuaba soltero, esperando que ella se decidiera algún día a quererlo, pero ella evadía las propuestas asegurándole que estaba bien así y que no pensaba casarse, en cambio le reiteraba que se recordaba de él con afecto y cómo un buen amigo a quién deseaba lo mejor, entonces, el infeliz enamorado, quién ya no era en modo alguno un muchacho se quedaba a solas

rumiando su terrible amargura y tornaba a su trabajo que era a final de cuentas lo único que poseía en la vida. Alguna vez ella le dejaba entrever una vaga esperanza asegurándole que si alguna vez pensaba seriamente en casarse no dudara que lo haría precisamente con él, para lo cual dejaría Viena y tornaría al pueblo, entonces Stephan se preguntaba si en la gran ciudad en medio de millares de hombres ella no tendría más de alguna aventura amorosa, pero la actitud serena y honesta de su pretendida lo hacía descartar casi al instante tan desafortunadas suposiciones, en tanto que se resignaba a aceptarla, aunque hubiera tenido algún amante, resuelto a continuar amándola por toda la vida. Y se volvía a repetir la escena de la estación, en la que Marion daba el adiós a los suyos y a Stephan para retornar a Viena e incorporarse de nuevo a su trabajo donde volvía a ser calurosamente recibida, y cuando preguntaba al señor Klein por el maestro éste le informaba que Kálmán estaba en el apogeo de sus triunfos, con teatro lleno todas las noches, las localidades vendidas con semanas de anticipación, y los elogios de la crítica cada vez más entusiastas. Y Marion regresaba al Theater An Der Wien ávida de música, arte y belleza.

Por ese tiempo se repuso “A Bajadér” (La Bayadera”) con su exótico ambiente hindú, cosechando por una vez más el estruendoso éxito de su estreno el 10 de diciembre de 1922, cuando fuera protagonizada por la soprano Christi Mardayn quién interpretaba con inimitable gracia a la caprichosa Odette Darimonde, y Viena se volvía a regocijar con la hermosa partitura de Kálmán y el libreto debido al talento de dos insuperables comediógrafos: Julios Brammer y Alfred Grunwald, quienes tuvieron la idea de escribir una opereta dentro de otra, con el pretexto de narrar los amoríos del príncipe de Lahore quién en un viaje a Paris se enamora nada menos que de una célebre cantante europea, los autores así satisfacían la inusitada curiosidad de los europeos por el Asia, y el compositor que había añadido a los turbantes los tonos javaneses e indonesios dentro de la partitura emulaba a compositores de la talla de Rimsky-Korsakow y Debussy, campeando entre el misterioso imán oriental.

Marion escuchó diez veces la opereta y cuando la quitaron del cartel para poner en su lugar “A Hollandi Menyecske” (“La Dama holandesa”), asistió con cierto pesar al cambio de programa, sólo para encantarse nuevamente con la obra de estreno.

Pero aún faltaba algo que colmara sus sueños de mujer y su sensibilidad de diletante y ello se dio, cuando dirigida por el propio compositor se presentó “Grafín Mariza” (“La Condesa Marisa”) estrenada el 18 de octubre de 1924 en el Teatro Király Színház de Budapest con un éxito arrollador que colmó de dinero, satisfacción y gloria al compositor.

Hasta entonces Hungría, pese a su proximidad geográfica, había parecido a Marion un mundo distante y desconocido, que se había unido a su patria en el ensamble político del desaparecido imperio Austro-Húngaro, y no obstante que percibía que ambas naciones podían tener algo en común, tenía que admitir que Kálmán era ante todo un húngaro, aunque hablaba perfectamente el alemán y convivía con los austriacos que editaban sus scores, su origen, su raza mayar hablaba por su música.

La obra con libreto de Brammer y Grunwald había sido estrenada el 28 de febrero de 1924 en el mismo teatro donde ahora se reponía, y su escenario es el castillo de Marisa, rica y extravagante terrateniente, quién se ha inventado un falso novio y una inexistente boda, pero un hacendado se presenta como pretendiente y la caprichosa joven enfrenta las consecuencias de su engaño ante los invitados de la fiesta feudataria, el pseudo-prometido declina sus impulsos amorosos al enamorarse de la simpática condesita Lisa, dejando el campo libre a Tasilio, un hacendado arruinado a quién Marisa había empleado como administrador y quién al final logra la ansiada mano de la protagonista.

La música zingara pondera y bosqueja mediante sus impulsos rítmicos unas veces vehemente y otras contenidos el ambiente gitano, y la arieta de Marisa, que fascinó a la diletante, posee una dualidad donde la melancolía se desvanece en un enérgico empuje, Marisa y Tasilio cantan en un idioma vernáculo, cruzando sus voces en duetos frescos y espontáneos con el predominio de las csárdás y el folklore húngaro, con su risueña nostalgia.

La opereta fascinó a tal grado a la joven, que empezó a planear, tan pronto se lo permitieran sus recursos y sus vacaciones cambiar la visita de su pueblo por un viaje a Hungría con la consiguiente visita a Budapest, aquella dorada y hermosa capital, cuyas dos ciudades eran divididas por el Danubio aunque firmemente enlazadas, y de la que frecuentemente hablaba Emmerich ponderándola con músicos y artistas que habían viajado por medio mundo.

Marion curiosa le preguntó a su amigo como era la puszta y el autor le respondió que muy semejante a la estepa rusa, el antiguo hogar de los mayares, luego quiso saber las dimensiones del Lago Balaton, y por supuesto demandó una descripción de Siofók donde él había nacido. Kálmán quien nunca dejó de ser un auténtico húngaro se sintió halagado del interés de su amiga por su nación y acogió con amplias explicaciones su curiosidad, entonces se puso hablarle de las aldeas, de los jinetes cabalgando en las llanuras, del castillo de Kestely y de los veleros navegando bajo un cielo intensamente azul en aquel lago de ensueño.

¿Y Basilio? el galán de la opereta ¿No era acaso un personaje de la puszta, uno de esos románticos jinetes cabalgando en la llanura mientras llevaban incrustada en la mente y en el corazón la imagen de una bella muchacha con los cabellos del color del trigo tierno? Y se imaginaba estar en los brazos del fornido galán, andariego incansable con quien habría de atravesar aquellas llanuras doradas, deteniéndose en la posada de alguna aldea para saborear un goulash cocinado en un enorme perol de cobre, mientras a unos pasos las muchachas húngaras agitaban los panderos estremeciéndose entre una danza nostálgica y violenta, Kálmán sonreía escuchándola, haciéndole notar el convencionalismo de la opereta que aún basado en cierta realidad contenía una historia fantástica, Marion lo escuchaba boquiabierta, todavía seducida por el impetuoso ritmo de las bulliciosas melodías y sobre todo motivada por el potente impulso creativo de su amigo, entonces su mirada inquieta se clavaba en el maestro, ese maravilloso hechicero en cuya música estaban expresados todos los matices de la pasión amorosa vaciados en un incomparable derroche de belleza, e intentaba ahondar en el venero de su creación magistral, entonces él músico halagado por aquel interés inaudito le respondió, develando así su secreto:

-Amiga mía el logro de los objetivos más ambiciosos se halla condicionado a la pasión, ella es la fuerza dinámica que mueve nuestra inteligencia, sensibilidad, y poder creativo, sin ella nuestros nervios serían apenas unas cuerdas silenciosas, atrofiadas, desempeñando una función irrelevante, puramente física

-Pero esos violines arrancando nostalgias, alegrías, tristezas, melancolías...

-Eso es mi raza, mi nación –respondió vivamente Kálmán- mi gente.

Entonces Marion descubrió la grandeza de ser húngaro.

Una mañana se presentó Kálmán acompañado de su esposa Vera llevando en sus brazos a su pequeña hija: Marion se enterneció al ver a la pequeña y la tomó en sus brazos, -Se llama Ivonne- puntualizó su madre, entonces, la sencilla mesera del café Sperl se percató de que aquello es precisamente lo que le había faltado en su vida

gastada en trabajar, oír música y vagar en la fantasía. La pequeña circuló además entre las muchachas del café que la llenaron de besos y de cariños Marion quién sentía admiración y un apego por el maestro constató satisfecha que los esposos no sólo representaban un matrimonio estable, sino una pareja verdaderamente feliz.

Otro tanto ocurría con Ida que estaba embarazada desde hacía seis meses y esperaba ansiosa lo que le habían anunciado sería un varoncito.

El amor era el medio para perpetuar la vida y el sexo la trampa de la naturaleza para asegurar la continuación de la especie

No cabía duda de que le hermosa Vera apoyaba a su esposo en su creación y en su vida pletórica de compromisos sociales, apareciendo siempre a su lado en recepciones, cenas y agasajos que alternaba con colegas de la talla de Franz Lehár y George Gerswin.

El matrimonio había procreado además a Charles el primogénito y a Elizabeth a quién llamaba cariñosamente Lilly, ellos le daban la satisfacción de ser no sólo el padre de sus incomparables partituras, sino de haber formado aquella familia que debía ser un verdadero remanso en su ajetreada vida en el teatro, y Marion se imaginaba a Emmerich jugando con sus hijos por la mañana y tomando la batuta para dirigir la orquesta y la compañía entera por las noches, alternando además las horas de soledad que debía invertir en su creación. Entonces la muchacha, que cómo casi todas las mujeres había nacido dotada de una extraordinaria intuición adivinaba que cuánto le fascinaba en el escenario, había estado con anticipación en la mente del compositor.

Ahora corría el año de 1937 y Marion iba a cumplir las cuatro décadas, Stephan le seguía escribiendo largas cartas diciéndole siempre cuanto la extrañaba, ella le respondía casi siempre después de una o dos semanas con alguna postal a la que añadía comentarios sobre las operetas que tanto le gustaban, y sólo una vez refiriéndose a ella misma le comentó que le había salido una cana y el persistente enamorado le respondió presuroso que la encontraría siempre hermosa y que él por su parte había empezado a notar que engordaba no obstante que su rudo trabajo lo mantenía aparentemente en forma.

Entretanto el incansable compositor preparaba otro estreno, se trataba de “kaiserine Josephine” (“Emperatriz Josefina”) y anunció complacido a su amiga que la arieta “Liebe singht ibr Zauberlied” (“El amor canta su última canción”) en los labios de Napoleón iba a agrandar seguramente al público, y por supuesto no se equivocó. Ya era un autor con un sólido prestigio internacional y sus operetas se ponían lo mismo en Londres, Paris, Berlín, Moscú, Estocolmo, Buenos Aires o Nueva York, si bien en esa vez la obra se estrenaba simultáneamente en el Stadtheater de Zurich Era el año de 1938., y fue esa opereta la que se ejecutó en su última noche húngara en el Teatro Városi Színház, conocido simplemente cómo el teatro City, y la emperatriz fue interpretada nada menos que por la eminente cantante de ópera María Németh.

Pero otros acontecimientos mucho más graves sacudieron a Viena, cuya población rebotaba en aquellos días los dos millones de habitantes, precisamente cuando había sido declarada como capital de la República Austriaca.

Se tramaba algo sucio, vil, infame; un ácido que al desparramarse presagiaba que ocurriría una tremenda hecatombe, no sólo sobre la pacífica ciudad, sino sobre toda Europa.

Hombres torvos con caras patibularias, y ademanes imperativos que solicitaban el servicio a gritos palmoteando ruidosamente las palmas de las manos o golpeando con los puños disputaban cómo si el local fuera una taberna cuya clientela la constituyeran borrachos y ladrones, semejante ralea la formaban los miembros del partido nazi austriaco filial del alemán, su agresivo comportamiento que al principio determinó que se decretaran sanciones a varios de sus componentes, decididas por el gobierno que presidía el doctor Schuschnigg dictatorial y simpatizante con el fascismo aunque opuesto a la unión con Alemania, aunque por la presión derivada de una visita de Hitler en Berchtesgaden el 12 de febrero de 1938, fueron amnistiados los nazis que padecían condenas y hasta admitidos algunos como miembros prominentes dentro del gabinete austriaco. Al principio Seyes-Inquart, a quién se había confiado el ministerio del interior insistió conjuntamente con el canciller en afirmar la independencia de su nación, pero los nazis austriacos se declararon en rebeldía y el gobierno fue incapaz de contener su intromisión, quedando finalmente el resultado en la formulación de un plebiscito en el que se le preguntaba al pueblo si estaba de acuerdo en la unión de Austria con Alemania, pero Hitler exigió el 11 de marzo de 1939 que se dilatara dicha consulta y Schuschnigg cedió la cancillería a Seyes-Inquart cuyo primer acto de gobierno consistió en solicitar la intervención del ejército alemán que entró en territorio austriaco sin la menor resistencia, proclamándose al día siguiente la unión de Austria y Alemania y celebrándose el llamado plebiscito de convalidación bajo la vigilancia de las tropas alemanas el 10 de abril de 1938 dando como resultado el Anschluss.

Y ocurrió que la pacífica clientela que iba a degustar el café o a leer el periódico en el Sperl ya para entonces centro de alarmantes noticias, se fue retirando y en su lugar aparecieran militares cuyos rostros vomitaban lujuria y crueldad, y en alguna ocasión uno de esos brutales individuos asestó una nalgada a Vicky, quién ni tarda ni perezosa se volvió para zamparle al libertino una sonora bofetada, el hombre se levantó furioso pretendiendo desquitarse de lo que consideró una grave afrenta con un golpe de macho, pero ella lo esquivó arrojándole al rostro la charola con la vajilla y haciendo pedazos la tetera con el líquido ardiente, lo que obligó al señor Klein a intervenir tratando de calmar los ánimos y hasta disculpando a la pobre mesera que de agraviada se convirtió en culpable; el revolver del matón salió a relucir pero fueron sus propios compañeros quienes lo persuadieron de que era mejor dejar las cosas como estaban, luego el restaurante se fue llenando de individuos enfundados en gabardinas negras y sombreros de ala ancha que medio les ocultaban el rostro, su acento y actitudes denotaban a las claras que se trataba de los temidos SS.

Mientras tanto en la radio un individuo con cara de alineado o criminal ensordecía a las multitudes hablando largamente acerca de la supuesta superioridad del pueblo alemán al que prometía convertirlo en el amo del mundo. Su discurso continuaba despotricando contra las razas según él inferiores, y cuyos miembros debían ser exterminados o vivir sujetos a los arios. Su verbo como ametralladora atraía aplausos y ejercía esa malévol atracción que emplea una víbora sobre su futura víctima imantándola hasta volverla cautiva para aniquilarla.

De pronto las calles se volvieron inseguras, había por doquier manifestaciones, riñas, asesinatos, detenciones, linchamientos y los periódicos no cesaban de publicitar la imagen de aquel líder que arrastraba multitudes ya convertido en el Fuhrer, dueño absoluto de los destinos de Alemania y hasta de media Europa y candidato a convertirse en el amo del planeta aunque en realidad se trataba de un austriaco salido o más bien vomitado de los rincones olorosos a orines de una cervecería de Munich.

Una nube negra cargada de odio, rencor, muerte y terror empezó a vagar sobre el cielo. de Viena y pronto, la paz, el orden, la diversión, y hasta las inocentes

ejecuciones de los teatros se fueron tornando en algo peligroso, y la gente tal si temiera el golpe de la guadaña de la muerte sobre su cuello, dejó de asistir a los espectáculos. Muchos prefirieron encerrarse en sus hogares, otros optaron por unirse con aquellas hordas vociferantes, y la radio dejó de transmitir los vales vieneses para dar paso a las proclamas del monstruo .cuyo creciente poder aterraba

En las mesas del café todo el mundo pronosticaba dando opiniones y discutiendo, pero más tarde las noticias de los asesinados y desaparecidos por externar ideas contrarias a los dictados del déspota sellaron las bocas y todo el mundo se volvió cauteloso y desconfiado.

Los alimentos empezaron a escasear y a encarecerse, se habló de levas, acuartelamientos, de extender los años del servicio militar, de fortificaciones, bombardeos, purgas, progroms, campos de concentración, y sótanos donde se torturaba hasta morir a los sospechosos o discrepantes.

Marion tuvo miedo, y a pesar de ser una mujer segura se sintió sola y desprotegida, entonces pensó en retornar a su pueblo, no sólo por refugiarse con los suyos, sino por proteger a sus padres que ya pronto se convertirían en ancianos.

-9-

Una mañana un capitán que respondía al nombre de Crosley y ostentaba insolentemente en la manga el distintivo nazi golpeó la mesa con un tremendo puñetazo, que de haber sido de madera la hubiese partido. Con la mano seguramente lastimada y algún vaso roto, el milite encolerizado por alguna discrepancia con uno de los contertulios declaró a gritos la inaplazable e imperiosidad urgencia de aniquilar a los puercos judíos causantes de la ruina, desastres, crímenes, extorsiones y explotación.¿Quién sino aquella maldecida raza habían llevado a Alemania y a Europa misma a la desesperación? ¿No eran acaso ellos los acaparadores, los usureros, los hambreadotes causantes de la miseria, los embaucadores que habían convertido a Rusia en el infierno comunista cuya endiablada revolución había diezmado la tercera parte de la población? Un día –predijo Crosley- nuestro fuhrer les ajustará las cuentas.

Marion con la servilleta prendida al delantal escuchaba la perorata cerca de la caja sin atreverse a dar un paso tal si buscara que con la cercanía del señor Klein la protección.

-¡Hoy mismo empezaremos a acabar con ellos! –vociferó el hombre enardecido- ya tiene las listas la gestapo y no tardarán en ser detenidos y enviados a los campos de concentración para que paguen por sus crímenes. Tal es la voluntad y sabia justicia de nuestro fuhrer.

Entonces el señor Klein le susurró a Marion al oído.

-¡Kálmán!

-¿Kálmán? –repitió la joven sin entender.

-¡Es un judío!

Marion palideció y tuvo que asirse a las barra para poder sostenerse presintiendo que iba a caer desmayada, y apenas consiguió recuperarse de la sorpresa se sintió invadida por un inmenso pesar. Por la tarde un parroquiano le informó que las obras del maestro habían sido proscritas en Alemania y en Austria por su ascendencia judía.

Y Marion lloró aquella noche y muchas noches más.

Pero Emmerich oportunamente avisado había huido ya en unión de su familia, buscando amparo primero en Suecia y sucesivamente en Paris y en Londres para definir su exilio radicándose en los Estados Unidos..

La Unión Americana recibió al compositor con los honores debidos y los brazos abiertos y pronto fue nombrado doctor Honoris Causa por el New York College, emprendiendo una exitosa gira por todos los estados ofreciendo conciertos e impartiendo conferencias, a la vez que su música era grabada por las grandes disqueras internacionales.

El 18 de julio de 1945 se estrenó su opereta “Marinka” en el Wintergarden y más tarde incursionó en un género llamado comedia musical, que en esencia era una opereta en un estilo más moderno apegado a la tradición musical yanqui y más acorde con la época, así en plena mitad del siglo XX; se ejecutó con apabullante éxito: “Kiss me Kate” (“Bésame Kate”) llevando cómo estrella a Cole Porter y más tarde “Golden Dawn” (“Amanecer Dorado”) protagonizada por Herbert Stuart.

Y mientras Europa se debatía en la más sangrienta de las guerras, el compositor quién en 1942 cumplía sesenta años era merecidamente celebrado.

Por desgracia no todo fue tan bien en ese tiempo pues el 24 de octubre de 1948 murió en Ischler Villa, Franz Lehár, en tanto que en un hospital de New York agonizaba Bela Bartók.

Pero Kálmán era un europeo y cómo tal en junio de 1949 cuando el viejo continente se había pacificado por completo y con la total derrota de Alemania se había extinguido la persecución racista, Kálmán retornó con los suyos a bordo del Queen Mary, .

Radicado en Paris recibió en el año de 1951 la Cruz de la Legión de Honor concedida por el presidente de Francia Joseph Paul Bencour, condecoración a la que se sumó la Kruchenkreuz (Cruz del Orden del Mérito) entregada por el Austria Federal Chancellor.

Fue su último homenaje porque el 30 de octubre de 1952, cual un astro que entre el más radiante esplendor se apaga, Emmerich Kálmán entró en la eternidad; y el 3 de noviembre, de acuerdo con sus deseos, fue sepultado en el Cementerio Central de Viena, tocando a su hijo Charles la tarea de completar la partitura de su última opereta “Arizona Lady” (“Señora Arizona”) que se estrenó con un póstumo homenaje en el año de 1954 en Berna.

La música de Emmerich Kálmán fue un suceso de amor.

-10-

¿Y Marion? ¿Qué fue de la diletante?

Sobrevivió a los horrores de la guerra. Pasó como muchos vieneses: hambre, frío, miedo, vivió el despotismo nazi y después la cruenta invasión de los vencedores.

Buscando cobijarse entre los suyos retornó a su aldea natal para enterrar a sus padres y continuar trabajando en lo que aún quedaba de la granja, un día Stephan regresó de filas afortunadamente ileso y una fría mañana de otoño se casó con él en una sencilla ceremonia oficiada en la iglesia de torres puntiagudas.

Ella y Stephan lucían canas, pero la inapagable ternura del muchacho recibió al final su premio y ella le correspondió brindándole: amor, comprensión y lealtad, cualidades que pese a toda la adversidad siempre mantuvo latentes.

¿Y en cuanto a Kálmán?

Marion pasó al principio un trago amargo pero pronto recibió una postal de Londres anunciándole que él y los suyos estaban salvados. Para Marion Staunfer aquella noticia le hizo vivir el día más feliz de su existencia.

Después sucesivamente el compositor le hacía llegar noticias suyas y en medio de su vida ocupada encontraba unos minutos para hablarle de sus estrenos,. Ella por su parte le correspondía diligentemente escribiéndole cuanto lo recordaba y cuanto había rezado siempre por él.

La muerte de Kálmán la llenó de un dolor inmenso, y debió pesarle como la losa de un sepulcro, entonces cuando volvía a Viena para visitar a Ida nunca dejaba de llevar unas flores para dejarlas sobre la tumba del maestro, y en las noches de invierno, mientras los leños crepitaban en la chimenea, Marion Staunfer volvía a releer sus cartas y postales que siempre comenzaban con una frase:: Mi estimada diletante.

## EPILOGO

El café Sperl aún existe en Viena y es uno de sus múltiples atractivos turísticos. Los visitantes intentan adivinar en cual de las mesas con cubierta de mármol solía instalarse el renombrado compositor a degustar el café mañanero. Alguna vez un señor anciano quién asegura haber conocido en sus mocedades a Emmerich Kálmán especula acerca de la oferta de Hitler, quién exigió al compositor que renunciara a su nacionalidad judeo-húngara, propuesta que él rechazó tajante, sin importarle que tal desacato le hubiera costado la vida de no haber huido inmediatamente.

Pero un artista de su talla, tiene mucho más que una pobre vida física, porque su obra inmortal todavía habrá de motivar seguramente muchas diletantes.